

*Sociología y otros Demonios (246)***Locos de remate**Por René Martínez Pineda<sup>1</sup>

Casi me siento tentado a empezar con el utópico: “Había una vez, en un país lejano”, porque parece un cuento lleno de personajes míticos, por sufridores; porque es una historia que, aunque se cuente una, otra y otra vez, siempre empieza y termina igual; porque siendo una verdad lapidaria, incuba sentimientos equivocados. Así que se lo voy a contar de otra forma aunque, al final, termine siendo eso: un cuento que suena bonito para quien lo lee, y eso basta para olvidar lo feo de quien lo vive.

Pasamos encerrados una semana ¿o fue una vida? Ya no lo recuerdo bien porque mido el tiempo en inviernos y no en días, y mis inviernos son muy largos. Afuera, un diluvio de cenizas anunciadas y aguas sin dueño nos impedían trepar la noche -como todas las noches- con los ojos cerrados, única forma que conocemos para olvidar las deudas y el ayuno y la hija que tuvo que maquillar su honor con focos rojos.

Adentro, un infierno apretado convertía en indócil el tronar de dedos y las paredes cerraban sus puños sobre nuestras espaldas para embargarnos el aliento. Más adentro, la densa oscuridad lo cubría todo, todo, con sus párpados glaciales, e invitaba, como siempre, o como sólo entonces, a compartir la tortilla, la colcha, la camisa, los frijolitos, la mujer, el velorio, el llanto, el rezo. Muy adentro, el miedo, la resignación, la impotencia, el frío, la estupidez, la cobardía... el discurso presidencial del "sueño salvadoreño" abriéndose camino entre los necios escombros de la miseria... y, entonces, el sol salió, y parecía que nunca hubiese estado ahí; y parecía que su corola ardiente intentaba rearmar las anatomías rotas hasta dejarlas como intactas. Y fue como que nunca lo hubiésemos visto así: tibio, alegre, sanador, anímico, como si nada hubiera pasado, como si la montaña jamás hubiese vomitado sobre nosotros todo el asco que nace de la grama negra y del sol rectangular; como si la quebrada encantada -donde hace siglos se bañó una princesa de jade para convertir en un dios bueno a Tlaloc- no hubiera aullado a nuestros pies.

Nosotros estábamos acurrucados, juntitos, temblando, calentándonos con el vaho del amor que nace en las esquinas sin futuro, en los techos cariados, en las paredes varicosas, en los vientres que no saben de domingos ni de regalos en mayo. Así estábamos: incompletos, dogmáticos, óseos, lácteos, esperando que pasara de largo el bufido nauseabundo del azufre; que pasara sobre nuestras cabezas el gemido líquido del progreso -como lo hicieron las plagas de Moisés- sin dañarnos mucho, para sentir de nuevo la alegría del pan duro, para hacer del hijo una súplica eficaz que nos permite comer mejor cuando somos albergados que cuando somos ciudadanos. Y aquello fue como un deambular desnudo en la placenta de un deslave sin origen y terminar arrodillado, terriblemente arrodillado, inexplicablemente solo y aterido, apretando un cuerpecito pálido contra nuestro pecho en un acto de agonía inhumana, apretándolo con

---

<sup>1</sup> Sociólogo. Magíster en Educación Superior. Prof. de la Carrera de Sociología Universidad de El Salvador (Centro América) y Columnista de Co-Latino (Diario Cooperativo de El Salvador) e-mail: [renemartezpi@hotmail.com](mailto:renemartezpi@hotmail.com)

fuerzas para devolverle el calor ahogado, pero, fue inútil, porque el corazón también se nos puso pálido y reptil.

Pasamos encerrados una semana ¿o fue una vida? sin darnos cuenta de que no teníamos adobe; sin darnos cuenta de que en nombre nuestro crecían las cuentas de ahorro de unos pocos y se ampliaban las barrigas de las bodegas de otros, porque aún tienen inventariadas las láminas que nos mandaron para el terremoto de hace veinte años; sin darnos cuenta del insomnio obligatorio y prefabricado por un proceso de enculturación que hizo a un lado las tradiciones de bahareque para dedicarse, únicamente, a rumiar ciprés; sin darnos cuenta de que cada vez es más difícil sobrevivir a los fines de año que gustan llorar a mares sobre nosotros; sin darnos cuenta de que somos más famosos que los ricos porque nuestra foto aparece todos los años en las páginas rojas; sin darnos cuenta de que el camión que limpia lo que queda de nuestras casas tiene las placas untadas de cemento; sin darnos cuenta de que el país que vivimos y el país en que nos dicen que vivimos no son el mismo; sin darnos cuenta de que somos como el perro callejero que siempre

vuelve por otro golpe.

Pasamos encerrados una semana ¿o fue una vida? viendo gentes apiadarse de nosotros; lanzándonos maíz desde muy lejos, desde sus vidrios anochecidos y blindados, como quien da de comer a animales sospechosos de sarna... sonriéndonos fijamente desde las pantallas con sus bocas de pájaros... saludándonos con un triste juguete en una mano y una alegre bandera en la otra... escuchándonos mientras hacían cuentas de un dinero que jamás hemos visto... poniéndonos su hombro, por un instante, para evadir un sentimiento de culpa que no logramos descifrar como la glándula lagrimal desde la que manan nuestras vidas.

Pasamos encerrados una semana ¿o fue una vida? Al fin y al cabo es lo mismo, porque el río sucio que nos arrebató lo que más amamos nos corre por las venas y eso convierte nuestro corazón en un pantano, un pantano que ya es un lugar cómodo para nosotros desde el momento en que no sentimos vergüenza cuando un niño nos dice "papá", o cuando su grito se ahoga en nuestras manos abiertas antes que en el río.

Pero, muy en mis adentros, siento ganas de sentir vergüenza; siento ganas de ser grito rotundo. Y, sin embargo, la falta de vergüenza es la que termina ganando la batalla porque siempre renacemos en las fauces del invierno.

He llegado a la conclusión universal de que estamos locos, porque se necesita estar locos para no volvernos locos con tanto dolor; porque se necesita estar locos de remate para creer que es natural que los padres entierren a sus hijos; porque se necesita estar locos, locos de atar, para creer en "el sueño salvadoreño" que nos venden por televisión.